

Estructuralismo enmarcado en un sistema de dependencia*

Segundo Montes

Con el fin de aclarar lo que entendemos por estratificación social, y poder buscar luego las causas de la misma, me parece interesante utilizar la elaboración realizada por Dahrendorf (o. c., pag. 105), sin que eso implique el aceptar también su interpretación:

“La estratificación social es un concepto complejo que, generalizándolo, puede ser definido primeramente como la desigual distribución de ciertos bienes estimados valiosos por la sociedad y por cada uno de sus miembros (p. ej.: ingresos económicos, prestigio). Una sociedad socialmente estratificada es, por tanto, una sociedad: 1o., en la que existen ciertos bienes que han de ser distribuidos: 2o., estos bienes son estimados y, consecuentemente, ansiados por los miembros de aquélla, y 3o., dichos bienes son desigualmente distribuidos entre los miembros de la sociedad. Como quiera que las condiciones 1o. y 2o. dan como axiomatica, en toda sociedad humana, la existencia de bienes apetecidos, recae sobre la tercera de las condiciones el problema de la estratificación social, esto es, el de la existencia de una desigualdad. Empíricamente, toda sociedad reconoce, cuando menos, un mínimo de desigualdad en la participación de los bienes codiciados, al establecer las llamadas compensaciones (rewards).”

Supuesto tanto esta definición, cuanto el hecho de que en El Salvador se dan esas diferencias en la distribución de los bienes apetecidos, mi intento consiste ahora en encontrar una explicación teórica que pueda dar cuenta, lo más científica y comprensiblemente posible, del fenómeno, adentrándome en los orígenes o en las causas del hecho, al menos en la medida en la que el país se puede considerar como una unidad social propia, a la vez que distinta de otras, especialmente de las de los países desarrollados, en los que otra interpretación pudiera ser aceptable.

El que exista esa marcada diferencia en la percepción de los beneficios sociales en el país no es simplemente una cosa factual, inconexa, desarticulada, sino que responde a

*Estudio sobre Estratificación social en El Salvador; San Salvador, Dep- to. de CC. Políticas y Sociología UCA, 1979

un esquema, a una estructura determinada. Que unas personas posean grandes y lujosas mansiones, además de casas de descanso en el mar o en los lagos, mientras una gran mayoría vive en ranchos de paja, mesones o campos de cartón, está relacionado entre sí. Que algunas personas dispongan de la mejor y más avanzada atención médica —aquí o en el extranjero—, mientras grandes mayorías padecen enfermedades endémicas —gastroenteritis, parasitismo, paludismo, etc.— también está relacionado entre sí. Que una minoría disfrute de excelentes y abundantes alimentos, mientras la mayoría se muere de hambre por no ingerir ni las calorías ni las proteínas necesarias, está relacionado entre sí. Que haya pocos propietarios de grandes latifundios, de bancos y empresas comerciales e industriales, mientras la mayoría o no posee más que un minifundio incapaz de sustentar a la familia, o vende simplemente su fuerza de trabajo, o está desempleada, está también relacionado entre sí. Que la cúspide de la pirámide escolar reciba una educación superior e incluso de especialización postgradual —la mayor parte de los casos a través de la subvención gratuita de la sociedad por el presupuesto ordinario del Estado—, mientras la gran mayoría de la población o es analfabeta o apenas logra cursar los dos primeros años escolares, también está relacionado entre sí. Que unos pocos perciban ingresos económicos elevados y aun astronómicos, mientras la gran mayoría o percibe nada más el salario mínimo o ni siquiera eso, está igualmente relacionado entre sí. Que una pequeña minoría disfrute de una mayor o menor estabilidad social, económica, familiar, habitacional, etc., mientras la inmensa mayoría se encuentra en situación de inmovilidad y anomia, está relacionado también entre sí. Finalmente, que un grupo minoritario pueda tener aspiraciones magnificentes, equiparables a las de las élites (se habla de élites en el sentido popular, no en el que da Pareto) de los países desarrollados, con gran capacidad de ahorro e inversión, mientras la inmensa mayoría no puede aspirar más que a sueños e ilusiones y a salir de sus deudas con suerte, está también relacionado entre sí.

Nuestra sociedad está estructurada de tal forma que los escasos recursos de que dispone, en todos los órdenes de la vida social, se distribuyen en forma jerarquizada, privilegiando a un grupo minoritario, en detrimento de las grandes mayorías, con un rebalse progresivamente más imperceptible a medida que se aleja de los grupos superiores y se acerca a los ínfimos. Es una estructura perfectamente

tramada, que favorece a unos pocos a costa de la mayoría; que extrae los recursos económicos de esa mayoría (cfr. Sebastián, Luis de, 1979), para entregárselos en su mayor parte a los más privilegiados.

La técnica de construcción, los materiales que se producen industrialmente, la financiación y la tecnología que se aplica en la vivienda, el costo del suelo, absorbe los recursos escasos dedicados al ramo, y eleva los costos en tal forma que sólo los más pudientes pueden disponer de una habitación buena y confortable, mientras el resto tiene que conformarse con materiales de deshecho o de baja calidad y con técnicas manuales.

Los recursos disponibles, tanto públicos como privados, para el ramo de salud, se encaminan a la capacitación de personal altamente especializado, clínicas y hospitales modernos y laboratorios sofisticados, con lo cual no se puede atender la demanda creciente de la población, ni adecuar el aumento de camas al incremento demográfico, ni establecer las suficientes unidades de atención popular; pero los que disponen de medios económicos y sociales disfrutan de una atención médica comparable a la de los países avanzados, o incluso ser atendidos en las mejores clínicas del extranjero.

El país no produce los alimentos necesarios para su población —en cambio su economía se basa en la exportación de grandes cantidades de productos agropecuarios— por lo que los escasos alimentos, y los mejores, serán para quienes tengan mayor poder adquisitivo, tanto para los productos nacionales como para los importados, mientras el pueblo tiene que contentarse con maíz y frijoles y con ver cómo mucha de la carne y camarón que se produce en el país —la que ya no se puede consumir por los grupos más favorecidos— sale para alimentar a los habitantes de los países desarrollados.

En un país como El Salvador, con escaso territorio y gran densidad de población, de estructura agraria y rural, en el que se ha alcanzado la frontera agrícola, el poseer latifundios, e incluso propiedades medianas, sólo puede ser a costa de la expoliación de la tierra de las mayorías, proceso que se inició en la Colonia, se agudizó en la Reforma Agraria Liberal de 1881-82, y se va acentuando con el correr de los años (cfr. Colindres, o.c.).

El presupuesto educativo nacional se distribuye en forma que se privilegie a los niveles más altos en detrimento de los inferiores (Montes, Segundo, 1978), lo que produce que una minoría obtenga la más alta capacitación educativa mientras la inmensa mayoría se ve relegada al analfabetismo oficial o funcional, o a los niveles inferiores educativos.

Con un producto territorial bruto tan reducido, y una renta per cápita ínfima, sólo una injusta distribución de los ingresos puede hacer que haya personas económicamente ricas o desahogadas a costa de la miseria de la mayoría.

Todas las anteriores características inciden en que un grupo minoritario pueda gozar de una relativa estabilidad en todos los órdenes de la vida social, mientras que las mayorías tienen que tolerar una vida incierta, inestable, en búsqueda de subsistencia y satisfacciones, con detrimento de la integración y estabilidad social en todos sus aspectos —de lo que que la familia no es más que una manifestación—, es decir, en una verdadera situación de anomía social. (Montes, Segundo, 1974).

Las aspiraciones, por lo tanto, han de ser también opuestas: mientras unos pueden aspirar a todo lo que la actual vida social y la civilización moderna les ofrece, la gran mayoría no puede aspirar más que a sobrevivir, a pasar el hoy, a evadirse de esa realidad que le han impuesto —ahí se puede entender el alcoholismo y sus consecuencias— y, a lo más, a soñar como algo inalcanzable en todo lo que la sociedad de consumo y los medios de comunicación de masas le pone tentadoramente delante.

Pero ¿por qué existe una tal estructura? ¿se trata de una fatalidad, de algo impuesto por un ser extraño? ¿Es que la vida social no puede ser de otra manera? ¿Nos tenemos que contentar con aceptar esa realidad, impotentes de entenderla y de cambiarla? A mi modo de ver, esta estructura se debe a factores sociales históricamente constituidos, que han impuesto ese tipo de estructura a través de mecanismos explotadores de dominación-dependencia.

La sociedad indígena precolombina, al menos en este país en el que no había una configuración política nacional, y el influjo de la confederación azteca era tenue y remoto, tenía características profundamente igualitarias, tanto en lo que se refiere a la propiedad de la tierra, que era comunal, como al prestigio social que se adquiría por medio del servicio a la comunidad, que generaba un proceso de redistribución de los bienes económicos y garantizaba una igualdad básica (cfr. Falla, Ricardo, 1978; Cabarrús, Carlos R., 1979, entre otros), y que logró conservar mucho de esa configuración, incluso durante la Colonia y hasta nuestros días, por medio de las Cofradías (Montes, Santiago, 1977).

El descubrimiento y Conquista de América por los españoles, y el largo período colonial, introdujeron cambios radicales. La tierra y la población americanas fueron conquistadas, dominadas y sometidas por los conquistadores y dominadores extranjeros. A nivel social se estableció un

grupo y clase dominante, la española, y una inmensa mayoría explotada y sometida, la indígena; los nuevos grupos étnicos y sociales que fueron apareciendo —negros no hubo significativamente en El Salvador— o se integraron a las dos clases existentes, o comenzaron a constituir un grupo emergente, anómico, desclasado, que también era explotado y dominado, pero que percibía beneficios sociales diferenciadamente. A nivel económico, se implantó una estructura totalmente dependiente, en beneficio de la metrópoli, ya sea en la extracción de minerales que eran apetecidos allí, ya sea en la obtención de productos agropecuarios tropicales, o baratos y abundantes, para la alimentación, el lujo o la industria; el comercio y la moneda eran controlados por la metrópoli, en dirección centrípeta y centrífuga respectivamente, ya se tratara de productos americanos o europeos; las comunicaciones y el comercio al interior del imperio eran prácticamente nulos, y estaban dirigidos en sentido centro-periferia. A nivel militar, cultural y religioso, se seguía el mismo esquema (cfr. Montes, Segundo, 1979).

La Independencia política de España no supuso una auténtica independencia, ni económica, ni cultural, ni tampoco verdaderamente política. Una estructura como la que se había generado en la Colonia, radicalmente dependiente, en lo económico, en lo social, en lo cultural, en lo comercial y en las comunicaciones, sólo podía mantenerse cayendo en la órbita de otro país dominante, o de lo contrario se tendría que haber producido una verdadera revolución estructural y una reordenación total, las cuales no se produjeron. Así es como estos países, manteniendo aún algunas ligazones de dependencia con España, se sometieron a la dominación económica inglesa, y a la dominación cultural francesa, y ambas dominaciones crearon una inevitable dominación política de las potencias más fuertes. Los cambios estructurales o revolucionarios no se realizaron, sino que más bien se fue produciendo una atomización aún mayor y más aislante entre los nuevos Estados americanos surgentes, como convenía a los intereses de los países dominantes, contra una interrelación americana que condujera a un mayor desarrollo autóctono y a una progresiva independencia complementaria.

Estos países siguieron siendo productores y exportadores de materias primas, que iban cambiando de acuerdo a la demanda y conveniencias de las potencias dominantes, y compradores de productos elaborados por las mismas potencias y deudores del capital prestado por ellas para obras de infraestructura que facilitara la producción y acarreo de esos productos —ferrocarriles, telégrafos, etc.—: lo cual imposibilitaba un desarrollo hacia adentro y

una relación comercial entre los diversos países americanos; provocaba una descapitalización permanente, y un sometimiento y dominación insoslayables. Había que producir lo que interesaba a los países dominantes, pero en grandes cantidades y a bajos costos, para poder así comprar los productos caros elaborados en las metrópolis, y que eran forzados a adquirir, no sólo por la presión de la propaganda y el modelo de aquellos países, siempre atractivo para las élites, (no en el sentido de Pareto) sino también por la presión creada por la necesidad de mercados de los países hegemónicos. Los países americanos, por consiguiente, se convirtieron en productores masivos y baratos y en consumidores caros. Al interior del país esto sólo se podía mantener por una explotación de la mano de obra que produjera un enriquecimiento de unos pocos para poder adquirir los bienes producidos en el exterior, ya fueran económicos, sociales, culturales o de lujo y ostentación imitativas. Los países hegemónicos, por su parte, siempre estaban dispuestos a mantener esa estructura y situación, recurriendo incluso a la invasión armada —cosa que no ha sido nada rara en la historia de América Latina—, o a los Golpes de Estado y cambios políticos que beneficiaran sus intereses —triste historia siempre presente en el Continente

La nueva reorganización de poderes y hegemonías a escala mundial, que ha tenido lugar a mitad del presente siglo, tampoco ha cambiado la situación de estos países. América Latina sigue siendo productora de materias primas, o de aquéllos productos manufacturados que la nueva división internacional del trabajo le asigna subsidiariamente, y consumidora de capitales, tecnología y bienes manufacturados. Aquellos mantienen sustancialmente su bajo nivel de precios, mientras éstos suben continua y progresivamente, lo cual produce una continua depauperización y dependencia de estos países. La hegemonía política se sostiene y no se permiten interferencias de otra potencia en el área de dependencia. Los movimientos sociales son controlados a distancia, sin tolerar nada que atente al “statu quo” y a los intereses hegemónicos. Las pautas culturales se dictan en el centro y se distribuyen a la periferia por los canales modernos de comunicación de masas y por los técnicos y expertos que se envían. El desarrollo económico dependiente, inducido desde el centro hegemónico, se convierte en una penetración del capital y tecnologías, generalmente “atadas”, según los intereses dominantes (Montes, Segundo, 1979), facilitando productos industriales básicos y baratos y creando un mercado para el desarrollo central; pero las empresas eficientes son controladas por las multinacionales con sede en el centro. Las integraciones regionales y los mercados comu-

nes, o son un fracaso, o son una presa para las multinacionales.

Este proceso endémico de dependencia y explotación de América Latina por las potencias de turno, sólo se puede mantener generando y manteniendo una estructura interna de explotación, con alto desempleo que tire de los salarios hacia abajo, y con una minoría que pueda consumir los productos del mercado dominante. Pero el mismo proceso genera también un grupo, o unos grupos, intermedios, necesarios para la burocracia y sustentación administrativa del proceso, que perciba ciertos beneficios sociales, progresivamente jerarquizados como para que no constituyan una clase social conflictiva, sino que los mantenga alienados con su situación de relativo privilegio, y que a la vez consume las migajas de los productos importados y codiciados a través de la propaganda de los medios de comunicación de masas, pero sobre todo por medio del endeudamiento que les va robando esos mismos privilegios que le han sido concedidos.

Por su parte, la estructura de dominación-dependencia a escala mundial, se reproduce al interior de cada país, no sólo por el efecto de demostración, que hace que el modelo se introyecte en los grupos dominantes internos, sino por las exigencias mismas del modelo.

En cada país se da el mismo esquema, convirtiéndose la capital en el centro hegemónico que succiona la riqueza generada en el interior, empobreciéndolo permanentemente y quitándole toda posibilidad de ahorro e inversión que transforme y desarrolle el área; atrayendo todos los excedentes a todo nivel, enriqueciéndose, desarrollándose y concentrando el poder multipolar a costa de la periferia interna. En la capital se gestan, planifican y exportan al interior todas las decisiones y normas, tanto políticas, como militares, culturales, sociales y religiosas. Hacia la capital fluye toda la información y todas las riquezas generadas. De la capital salen todas las instrucciones y normas para el interior. De la capital rebalsan hacia el interior algunos beneficios participativos y subsidiarios que no se pueden consumir en ella. Hasta las carreteras, vías y medios de comunicación, el mercado y los centros de poder y decisión son radiales, en sentido de recepción centrípeta para la capital y de mando centrífugo desde ésta.

Ateniéndonos al marco teórico de referencia de un sistema de dominación-dependencia que condiciona las estructuras sociales, podemos analizar la realidad del país.

A escala mundial, y más concretamente dentro del mundo capitalista, en cuya órbita está situado El Salvador, rige un sistema de dominación-dependencia, con un centro hegemónico y unos países dependientes. Debido a la divi-

sión internacional del trabajo que los centros hegemónicos han impuesto, para acumular las riquezas generadas en el sistema, a los países dependientes —para nuestro caso, El Salvador— se les ha asignado unas tareas específicas, consistentes principalmente en la producción agropecuaria y de algunos bienes manufacturados primarios, en el suministro de abundante mano de obra barata, en la explotación de esa mano de obra para que los productos tengan costos muy bajos, y en el consumo de capitales, tecnología y bienes elaborados en los centros hegemónicos.

Ahora bien, para poder mantener este sistema de explotación, poder imponer los precios que les convenga para los productos del país, e imponer también los precios que más les convengan para los productos que nos exportan al limitado mercado, a los capitales y a la tecnología que nos envían para fomentar un “desarrollo” limitado y dependiente, necesitan un vínculo firme que consolide sus intereses.

Así es como nace y se mantiene una oligarquía criolla, que muy bien puede ser denominada “lumpenburguesía” (Gunder Frank, A., 1974), alienada completamente de la realidad nacional, “marginada” realmente de esta sociedad, identificada con los intereses del centro hegemónico, tanto en lo económico como en lo cultural, en su ideología, en sus valores y en sus patrones de vida, administradora vicaria de los intereses dominantes, y que no puede liberarse de esa dominación que ella misma padece respecto a los verdaderos dominadores. Intenta imitar los comportamientos de la gran burguesía internacional, pero tiene que contentarse con ser su servidora, a cambio de lo cual se le concede una alta participación en los beneficios generados, pero más en carácter de altos ejecutivos de una empresa que en el de verdaderos socios o copropietarios.

Para que esta “lumpenburguesía” pueda llenar sus aspiraciones, y satisfacer las exigencias de sus dueños, tiene que establecer un sistema al interior del país, de superexplotación de la fuerza de trabajo, de las mayorías, y convertirlas en “lumpenproletariado” o en “detritus social”, de modo que los excedentes producidos alcancen para saciar la codicia de los grupos dominantes del sistema, a la vez que la suya propia.

Es así como se mantiene a casi la totalidad de la población del país en unos niveles de explotación inconcebibles,

y más del 80% de esa población total se debate entre la vida y la muerte, el desempleo y las enfermedades, vegetando en refugios inferiores a los de muchos animales, vagando por el país en busca de un mísero empleo que le proporcione menos calorías de las necesarias para sobrevivir. Pero esas mayorías, a su vez, son las que le dan el carácter de realidad nacional, son el verdadero país en el aspecto humano y social; no son los marginados de nuestra sociedad, sino los verdaderos integrantes de la misma, que hacen que todos los que vivan de otro modo, y perciban beneficios sociales superiores a los de ellos, sean una minoría extraña a la realidad nacional; sean los verdaderos marginados de El Salvador.

Entre esos dos extremos: una minoría dominante criolla, y una inmensa mayoría explotada, se extiende una gama de niveles de captación de beneficios sociales, que responde a las exigencias mismas del sistema. En efecto, hacen falta una serie de servidores que mantengan el sistema de dominación interno, de intermediarios que agilicen la explotación, que hagan producir excedentes y ganancias cada vez mayores; técnicos de distintos niveles y especialidades, para que sirvan a los señores, de dentro y de fuera, y que ayuden a acumular ganancias a costa de la explotación del grupo mayoritario. A estos servidores fieles del sistema se les gratifica con una participación en los beneficios sociales, pero de tal naturaleza que, por un lado, les cierre las puertas de acceso al grupo dominante, y, por otro lado, sea en tal forma diferenciada y estratificada que no los aglutine y convierta en una clase social que amenace el sistema de dominación imperante. Esta desigual distribución de beneficios sociales, las escalas de prestigio que genera, la fidelidad que compromete con los que los privilegian, asegura su solidaridad con los grupos dominantes, la alienación de su realidad de dominados y explotados, su desclasamiento del resto mayoritario de la población, y su marginación de esa realidad nacional.